

Acta Hispanica (2016) 21: 89-101

ANÁLISIS DEL DISCURSO Y ENSAYO LITERARIO: EL SUJETO ENUNCIADOR EN *EL LABERINTO DE LA SOLEDAD*

KARINA ALANÍS FLORES

Universidad de Belgrado

Resumen: En este trabajo se toma al análisis del discurso como marco teórico para estudiar la reconocida obra de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. Aunque se han hecho muchos estudios sobre el tema realizados principalmente bajo la lupa de la historia de las ideas, los estudios literarios y la filosofía de la cultura, aquí se propone un análisis de las formas lingüísticas con las que se construye el sujeto de la enunciación en el ensayo literario. Tomamos los conceptos acuñados por Émile Benveniste en su teoría de la enunciación y a partir de ello se intenta develar las posiciones que toma el autor en el texto, así como la manera en que éste construye a su lector.

Palabras clave: análisis del discurso, teoría de la enunciación, subjetividad, ensayo literario, Octavio Paz

Abstract: In this paper we use the discourse analysis as theoretical framework to discuss the renowned Octavio Paz's essay, *The labyrinth of solitude*. Although there are many studies that have been made about this theme which are mainly based on the history of ideas and the philosophy of the culture, in this case we propose a different perspective which focuses on the linguistic features that are used to construct the subject of enunciation in the literary essay. We consider Émile Benveniste's concepts of his theory of enunciative operations in order to reveal the different positions that the author takes in the text, as well as how he constructs his reader.

Keywords: discourse analysis, theory of enunciative operations, subjectivity, literary essay, Octavio Paz

Introducción

En la actualidad, el análisis del discurso se ha convertido en el marco teórico para el estudio de las diversas situaciones comunicativas, que no sólo son llevadas a cabo por medio de la oralidad, sino que también tienen una función fundamental en la producción de cualquier texto. Por un lado, el análisis del discurso ha solidificado los estudios sobre la lengua y sus condiciones de uso, pues sin esta relación los propios elementos de la lengua no podrían recibir una definición. Por otra parte, también ha incluido la observación de otros elementos de la lengua que precisan una referencia en su uso: tiempos verbales, deícticos, signos de interrogación y de admiración, por señalar unos ejemplos, como formas lingüísticas derivadas de la enunciación. De ahí que el análisis del discurso como marco teórico ha permeado, no sólo en la propia lingüística, sino en otras disciplinas

como la teoría literaria, la teoría de la comunicación y los estudios culturales, a las que ha brindado una amplia gama de posibilidades metodológicas y de análisis. Una de ellas, es precisamente la semiótica textual, que como herramienta teórica y metodológica, se aproxima al problema de la subjetividad a partir de la teoría de la enunciación.

El análisis del discurso es el marco teórico para este trabajo, en el que se trata sobre el papel del sujeto enunciador presente en una de las obras ensayísticas más influyentes en el ámbito intelectual hispanoamericano contemporáneo: *El laberinto de la soledad* (1950), del escritor mexicano Octavio Paz. Aunque se trata de una obra ya muy tratada por diversos estudiosos –Serna¹, Katra², Cros³, De Toro⁴, Fuentes⁵– en este trabajo acogeremos el análisis del discurso, como la perspectiva para describir el comportamiento y las formas en que el sujeto enunciador se manifiesta en el texto, y con ello refrescar este estudio de *El laberinto de la soledad*, en el cual podremos mirar desde otro enfoque las implicaciones subjetivas de la obra y con ello, su influencia en el pensamiento hispanoamericano.

Desde este enfoque, su autor, Octavio Paz, no sólo se presenta al lector como el autor del texto, sino que es, lingüísticamente hablando, el sujeto enunciador del discurso, el locutor y al mismo tiempo, el sujeto definido por el discurso, tendiendo con lo anterior implicaciones autobiográficas, argumentativas y poéticas, lo cual nos da una materia interesante para analizar la obra desde diversos niveles discursivos: “Es un libro, ha dicho Paz sobre su propio ensayo, «dentro de la tradición francesa del moralismo. Es una descripción de ciertas actitudes, por una parte, y, por otra, un ensayo de la interpretación histórica».”⁶

A partir del análisis de la persona y el tiempo como categorías fundamentales del discurso, podremos aproximarnos también a la forma en la que Octavio Paz se construye a sí mismo como sujeto en el texto, ya que esto conlleva una apropiación del lenguaje, una elección lingüística y una modalidad en relación con el discurso. En síntesis, en este trabajo se analizan las distintas posiciones que toma el sujeto de la enunciación, en un género que tiende a ser predominantemente discursivo, pero que debido a su amplitud de posibilidades, el sujeto del discurso se manifiesta de diversas formas y utilizando distintas modalidades.

¹ Enrique SERNA, “Doce libros del siglo XX mexicano. *Laberinto de la soledad*, de Octavio Paz”, in: *Letras libres*, 141, 2010/12, 80-81.

² William H. KATRA, “Ideology and society in «*El laberinto de la soledad*», by Octavio Paz”, in: *Chasqui: Revista de literatura latinoamericana*, 2-3, 1986/15, 3-13.

³ Edmond CROS, “Sobre las realizaciones textuales en «*El laberinto de la soledad*»”, in: *Cuadernos hispanoamericanos*, 343-345, 1979, 391-400.

⁴ Fernando DE TORO, “*El laberinto de la soledad* y la forma del ensayo”, in: *Cuadernos hispanoamericanos*, 343-345, 1979, 401-416.

⁵ Carlos FUENTES, “El tiempo de Octavio Paz”, in: *Los signos en rotación y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1973, 9-15.

⁶ Enrico Mario SANTÍ, “Introducción *Al laberinto de la soledad*”, in: *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, 1993, 13.

El sujeto en el discurso y la teoría de la enunciación

Hemos mencionado anteriormente la relevancia que en los últimos años ha adquirido el análisis del discurso en diversas disciplinas humanísticas, ya que la noción de sujeto es necesaria para dar cuenta de las transformaciones de la lengua en el discurso. El sujeto del discurso es un presupuesto de la teoría lingüística, que entiende al *yo* como entidad discursiva, y a la subjetividad como una construcción del lenguaje: “Partimos, así pues, definiendo la enunciación como el ámbito de la inscripción del sujeto en el acto lingüístico. No hablaríamos, entonces, de un individuo anterior al lenguaje sino de un individuo convertido en individuo en tanto en cuanto está hablando.”⁷

El análisis del discurso tiene su origen en los estudios sobre la enunciación, esto es, la puesta en discurso de la lengua por un sujeto y se analizan, a partir de ello, las situaciones reales en las que se dan los discursos. La teoría de la enunciación postulada por Benveniste, estudia las diferencias existentes entre diversas prácticas discursivas en tanto que, “La enunciación es este poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización.”⁸ Para Lozano *et al.* (2009), aproximarse al discurso como objeto supone postular un sujeto productor y una relación dialógica entre locutor e interlocutor, la cual en ocasiones puede tomar la forma autor-lector, y que es la que en este caso nos interesa. Estudiar al sujeto en el discurso implica observar cómo se representan los autores en los textos y a partir de ello cómo construyen la relación con su lector. El estudio de estas diferentes prácticas discursivas se da a partir de la descripción de dos tipos básicos de relación del sujeto con su enunciado: “Por tanto, compete al análisis de la enunciación, todo aquello que en el texto indica la actitud del sujeto respecto al enunciado; el texto se presenta siempre como *marcado* o no *marcado* subjetivamente, esto es, referido a un sujeto que manifiesta expresar sus opiniones, puntos de vista, referir una experiencia o unos acontecimientos respecto a sí mismo, o bien como hechos y saberes ‘objetivos’ ajenos a quien los enuncia. Estas dos posiciones de base, que se matizan después en los más variados modos se marcan textualmente de diversas formas.”⁹

Por la razón anterior, en nuestro caso se vuelve necesario observar detenidamente las marcas que ayudan a identificar las relaciones subjetivas en el texto. La primera de ellas es la marca *yo*, que para Benveniste representa al locutor, quien es el sujeto que actualiza la lengua en el proceso de la enunciación: “Hay que atender a la condición específica de la enunciación: es el acto mismo de producir un enunciado y no el texto del enunciado lo que es nuestro objeto. Este acto se debe al locutor que moviliza la lengua por su cuenta. La relación entre el locutor y la lengua determina los caracteres

⁷ Tecla GONZÁLEZ HORTIGÜELA, “Aproximación a la problemática de la enunciación: el lugar del sujeto en el texto artístico”, in: *Zer: Revista de estudios de comunicación*, 27, 2009, 151.

⁸ Émile BENVENISTE, *Problemas de lingüística general II*, México, Siglo XXI, 1977, 83.

⁹ Jorge LOZANO et al., *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*, Madrid, Cátedra, 2009, 93.

lingüísticos de la enunciación. Debe considerársela como hecho del locutor, que toma la lengua por instrumento, y en los caracteres lingüísticos que marcan esta relación.”¹⁰

En este sentido, para Benveniste, sistema y proceso son dos aspectos inherentes, pues ciertos elementos de la lengua adquieren su significación sólo cuando son utilizados por el hablante en el momento de la enunciación. La presencia del locutor en su enunciación hace que cada instancia de discurso constituya un centro de referencia interna. Esta situación se manifiesta por un juego de formas específicas cuya función es poner al locutor en relación constante y necesaria con su enunciación, por lo que, “La teoría benvenistiana nos lleva más bien a pensar en un sujeto nacido en el acto individual de apropiación de la lengua, es decir, un sujeto producido en el –o producto del– discurso.”¹¹

Lozano *et al.*, mencionan dos variables fundamentales de la representación de la subjetividad en el texto: por un lado, el sujeto se representa en la forma yo/nosotros; y por otro, el sujeto se borra y desaparece –aparentemente– del discurso. Siguiendo a Benveniste, los autores señalan la diferencia entre dos tipos de formas enunciativas: discursiva e histórica. La categoría de enunciación discursiva o ‘discurso’, procede precisamente de la observación de las formas propias de la comunicación oral.

De tal manera, las características de un texto experiencial se oponen, por ejemplo, a las narraciones históricas, o a los textos científicos: “A la enunciación discursiva se le opone la del tipo ‘historia’, que excluye todas las formas lingüísticas autobiográficas. En ella aparentemente nadie habla, los acontecimientos son enunciados «como se han producido en su aparecer en el horizonte de la historia».”¹² Así, al estudiar los textos, se puede observar que, con el uso de las formas lingüísticas, es como estos pueden ser presentados en una forma discursiva o histórica: “Las formas textuales, sean categorías verbales, adverbiales, pronominales u otras, se engarzan para formar el entramado de un discurso personalizado o despersonalizado: aquel en el que el sujeto se representa a sí mismo o aquel en el que se borra de la superficie discursiva.”¹³

Aunque una de estas formas aparece siempre como dominante, hay saltos constantes de un nivel a otro. Los modos en que se realizan estos cambios de nivel dependen de las formas de representación del sujeto en el texto: “Se trata de procedimientos que utilizamos para indicar nuestra actitud respecto a lo que hablamos y que se realizan fundamentalmente a través de las formas de localización espacial y temporal (deícticos o anafóricos, tiempos verbales comentativos o narrativos) y de las formas de personalización o despersonalización del discurso.”¹⁴

El sujeto del discurso, que es también el sujeto de la enunciación, puede llegar a borrarse en algunas partes del texto, tras un discurso despersonalizado que, sin embargo,

¹⁰ BENVENISTE, op. cit., 83.

¹¹ GONZÁLEZ HORTIGÜELA, op. cit., 151.

¹² LOZANO *et. al.*, op. cit., 102.

¹³ Ibidem, 108.

¹⁴ Ibidem, 111.

le pertenece y le define. En este caso, el narrador autobiográfico presenta todas las características de la enunciación discursiva, cuya manifestación más común es la comunicación de certidumbres por parte del locutor. Al respecto, señalan Lozano *et. al.*, que la lengua posee los elementos para localizar el discurso respecto a la enunciación, entendida como acto y respecto al enunciado; estos elementos corresponden a las categorías que se refieren a la persona, al espacio y al tiempo. Para clarificar lo anterior es necesario retomar la importancia que la teoría de Benveniste otorga al tiempo en el discurso: “Una cosa es situar un acontecimiento en el tiempo crónico, otra insertarlo en el tiempo de la lengua. Es por la lengua como se manifiesta la experiencia humana del tiempo, y el tiempo lingüístico se nos manifiesta como igualmente irreductible al tiempo crónico y al tiempo físico. Lo que tiene de singular el tiempo lingüístico es que está orgánicamente ligado al ejercicio de la palabra, que se define y se ordena como función del discurso.”¹⁵

En los textos, estos tiempos informan sobre los acontecimientos y su temporalidad, dan forma al proceso de la enunciación, y también, construyen los espacios de la enunciación: “Los tiempos verbales cuya forma axial, el presente, coincide con el momento de la enunciación, forman parte de este aparato necesario.”¹⁶ Así queda claro que la temporalidad es definida por el sujeto de la enunciación, sea simulando un tiempo objetivo que se desarrolla como ajeno al sujeto que lo describe, o bien, inscribiendo la propia subjetividad en el tiempo textual: “La lengua debe por necesidad ordenar el tiempo a partir de un eje, y este eje es siempre y solamente la instancia de discurso.”¹⁷

La localización en el momento de la enunciación es clara en la comunicación oral, pero también en los textos escritos se presentan todas las formas de enunciación discursiva, por ejemplo, la referencia temporal deíctica se realiza por medio de los tiempos discursivos. Los procedimientos de localización, las formas verbales y las modalizaciones no sólo informan acerca de cómo se localiza un acontecimiento, o de lo que el locutor piensa o siente, sino que en conjunto, definen el texto, lo presentan como subjetivo u objetivo.

El sujeto enunciator en *El laberinto de la soledad*

Como hemos mencionado anteriormente, un texto puede presentarse como marcado, cuando el sujeto del discurso se expone abiertamente en el proceso comunicativo y a través del texto, y como no marcado, cuando el sujeto enunciator intenta desaparecer o esconderse tras las estructuras textuales. Esto puede aplicarse al estudio del ensayo: “A todo enunciado subyace una fuente de emisión del discurso que puede marcarse claramente o no en el texto: el sujeto enunciator, ha tomado relevancia

¹⁵ BENVENISTE, op. cit., 76.

¹⁶ Ibidem, 86.

¹⁷ Ibidem, 77.

en el ámbito específico de los estudios literarios.”¹⁸ Sin embargo, el sujeto enunciador, o sujeto del discurso, debe diferenciarse del locutor, quien no siempre se presenta claramente como el autor del discurso: “Llamaremos locutor, simplemente al emisor material de un texto y enunciador al autor textual, tal como lo hemos ido perfilando, definido por su enunciado también como responsable de los actos ilocucionarios que realice y susceptible de representarse de modos diversos y hasta contradictorios, de adoptar diferentes máscaras, o más bien de construirse a través de los papeles que pueda asumir.”¹⁹

En el caso de la obra que nos ocupa, vale la pena retomar esta diferenciación para perfilar el análisis del sujeto en el discurso contenido en el texto, razón por la cual tomaremos en cuenta a Octavio Paz en su papel de sujeto del discurso dentro de esta situación comunicativa que es característica del ensayo literario, género en el que como bien se sabe, el sujeto pretende argumentar sus ideas y así provocar una reflexión sobre cualquier tema posible.

Tomando en cuenta que, “el discurso y la textualidad se construyen para ser dirigidos a un ethos”²⁰ retomamos en este trabajo algunos aspectos lingüísticos que nos ayudan a aclarar el rol del sujeto en *El laberinto de la soledad*, así como las estrategias con las cuales éste construye a su destinatario como alocutario y a sí mismo como sujeto del discurso. Consideramos que las elecciones lingüísticas, el estilo y las estrategias retóricas, como parte del discurso, tienen la función de atraer al destinatario y de generar también un espacio estético en el que busca separar al destinatario de su cotidianidad. A continuación, expondremos todo lo anterior con base en algunos fragmentos que muestran muy bien estas construcciones.

En primer lugar ha de mencionarse la presencia del yo en el texto, pues este pronombre, señala la identidad del protagonista del enunciado con el agente del proceso de enunciación, tal y como lo menciona Benveniste, en los textos discursivos, “Está primero la emergencia de los indicios de persona –la relación yo-tú– que no se produce más que en la enunciación y en ella [...]”²¹ El yo, puede presentarse en diversas formas textuales, las cuales muestran al desnudo al sujeto enunciador del discurso: “Hay pues que distinguir las entidades que tienen en la lengua su estatuto pleno y permanente y aquellas que, emanadas de la enunciación, sólo existen en la red de ‘individuos’ que la enunciación crea y en relación con el aquí y el ahora del locutor. Por ejemplo, el *yo*, el *eso*, el *mañana*, de la descripción gramatical no son sino los nombres metalingüísticos de yo, eso, mañana producidos en la enunciación.”²²

¹⁸ Diana ESPINOZA ELÍAS, “El sujeto enunciador lírico: aproximaciones a su problemática”, in: *Escritos. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, 33, 2006, 65.

¹⁹ LOZANO et al., op. cit., 116.

²⁰ Lázaro CARRILLO GUERRERO, “Dimensión del discurso argumentativo”, in: *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, n. 17, 2008, 186.

²¹ BENVENISTE, op. cit., 75.

²² Ibidem, 87.

En *El laberinto de la soledad*, el sujeto de la enunciación se manifiesta, se construye y se posiciona a partir del uso constante y la conmutación constante de pronombres personales, que son la primera y la tercera persona en singular y plural: yo/nosotros y él/ellos. A partir de esta dicotomía, podemos situar el posicionamiento del sujeto del discurso en su enunciación. La primera persona singular, es utilizada por Octavio Paz, en cuanto se presenta como el autor, el sujeto del discurso, cuando pretende comunicar sus reflexiones y establecer un espacio de relación con el alocutario. Por ejemplo:

Y debo confesar que muchas de las reflexiones que forman parte de este ensayo nacieron fuera de México, durante dos años de estancia en los Estados Unidos.²³

La irritación del norteamericano procede, *a mi juicio*, de que ve en el pachuco un ser mítico y por lo tanto virtualmente peligroso.²⁴

El hombre, *me parece*, no está en la historia: es historia.²⁵

Mi testimonio puede ser tachado de ilusorio, *Considero inútil detenerme* en esa objeción: esa evidencia ya forma parte de mi ser.²⁶

El uso de la primera persona singular es constante y juega un papel importantísimo en el discurso de Paz. Hay una ligera conmutación, cuando Paz usa el pronombre *nosotros*: el sujeto enunciativo se incluye en el grupo acerca del cual hace su reflexión: los mexicanos. Al ser la identidad, una pregunta constante en la mente del autor —como pensador, escritor y poeta— el *yo*, deja por momentos su individualidad y se posiciona como parte de un grupo identitario, de un pueblo y de una cultura que no termina de comprender, pero a la que sin embargo, pertenece:

El descubrimiento de *nosotros mismos* se manifiesta como un *sabernos* solos; entre el mundo y nosotros se abre una impalpable y transparente muralla: la de *nuestra* conciencia.²⁷

Despertar a la historia significa adquirir conciencia de *nuestra* singularidad, momento de reposo reflexivo antes de *entregarnos* al hacer.²⁸

²³ Octavio PAZ, *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, 1993, 147.

²⁴ Ibidem, 151.

²⁵ Ibidem, 160.

²⁶ Ibidem, 163.

²⁷ Ibidem, 143.

²⁸ Ibidem, 144.

Me parece que todas estas actitudes, por diversas que sean sus raíces, confirman el carácter cerrado de *nuestras* reacciones frente al mundo o frente a *nuestros* semejantes.²⁹

También y como un rasgo muy particular, en *El laberinto de la soledad* aparecen de repente los rasgos del yo lírico característico de la poesía, esta vez representado en un *nosotros* por las razones anteriormente mencionadas, pues aparecen en el discurso algunas metáforas o figuras retóricas, que juegan un papel importante en la intencionalidad, el estilo y la presencia del sujeto en el texto:

Nuestro culto a la muerte es culto a la vida, del mismo modo que el amor, que es hambre de vida, es anhelo de muerte.³⁰

En el alarido de la noche de fiesta nuestra voz estalla en luces y vida y muerte se confunden; su vitalidad se petrifica en una sonrisa: niega la vejez y la muerte, pero, inmoviliza la vida.³¹

Todo se desempeña en su propia claridad, todo se anega en su fulgor, todo se dirige hacia esa muerte transparente: la vida no es sino una metáfora, una invención con que la muerte -¡también ella!- quiere engañarse.³²

Nuestra impasibilidad recubre la vida con la máscara de la muerte; nuestro grito desgarrar esa máscara y sube al cielo hasta distenderse, romperse y caer como derrota al silencio.³³

La constante dicotomía en el uso de las personas gramaticales también toma la forma él/nosotros. En este caso, la dicotomía funciona como deíctico para demarcar el papel que ocupan el locutor, el alocutario, y a quienes se hace referencia en el proceso de la enunciación. En este caso, Octavio Paz, como locutor y sujeto de la enunciación, define constantemente el lugar desde el cual se posiciona: al hablar del mexicano, como una tercera persona singular, hace siempre referencia al pueblo y a la identidad. El mexicano es el objeto de reflexión del locutor, por lo cual, Octavio Paz, se distancia, se aleja y se desmarca de esta identidad, para hacer una crítica o bien, emitir una opinión desde su propia subjetividad. Sin embargo, Paz juega constantemente con estos posicionamientos, cuando inmediatamente utiliza el nosotros, la primera persona plural, para integrarse él mismo en este proceso de reflexión, de análisis y de búsqueda de la

²⁹ Ibidem, 175.

³⁰ Ibidem, 158.

³¹ Ibidem, 159.

³² Ibidem, 200.

³³ Ibidem, 201.

identidad, que manifiesta que este mismo proceso de búsqueda por la pregunta ontológica sucede también en el ámbito íntimo del propio autor bajo las preguntas ¿quiénes somos?, ¿quién soy?, tal y como es evidente en los siguientes fragmentos:

El solitario mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas. Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo y celebrar con festejos y ceremonias hombres y acontecimientos. Somos un pueblo ritual.³⁴

Gracias a las fiestas *el mexicano* se abre, participa, comulga con sus semejantes y con los valores que dan sentido a su existencia religiosa o política. Y es significativo que en un país tan triste como el *nuestro*, tenga tantas y tan alegres fiestas.³⁵

La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida. El mexicano no solamente postula la intrascendencia de morir, sino la de vivir. Nuestras canciones, refranes, fiestas y reflexiones populares manifiestan de una manera inequívoca que la muerte no nos asusta [...]³⁶

Se debe observar también, el rol de los deícticos en el ámbito discursivo de la obra que nos ocupa, ya que tienen una función localizadora respecto a la situación de la enunciación; los deícticos señalan siempre a un sujeto que observa o que habla poniéndose como punto de origen del discurso, éstos pueden presentarse en el texto en varias formas, de acuerdo con Benveniste: “El pronombre personal no es la única forma de esta naturaleza. Algunos otros indicadores comparten la misma situación, en particular la serie de los deícticos. Al mostrar los objetos, los demostrativos ordenan el espacio a partir de un punto central que es Ego [...] El sistema de las coordenadas espaciales se presta así a localizar todo objeto de no importa qué campo, una vez que quien lo ordena se ha designado a sí mismo como centro y punto de referencia.”³⁷

En este caso, Octavio Paz, construido como el sujeto de la enunciación, hace constantes referencias históricas, pero situándose a sí mismo como el punto de referencia, y desde sus reflexiones se coloca como punto divisor entre el pasado y el presente; para citar unos ejemplos:

³⁴ Ibidem, 182.

³⁵ Ibidem, 188.

³⁶ Ibidem, 193

³⁷ BENVENISTE, op. cit., 71.

Hay quienes viven *antes* de la historia, otros, como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, *al margen* de ella.³⁸

Las épocas viejas nunca desaparecen completamente, y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre *todavía*.³⁹

Ese día es una pausa; efectivamente, el tiempo se acaba, se extingue. Los ritos que celebran su extinción están destinados a provocar su renacimiento: la fiesta de fin de año, es también la del tiempo que empieza.⁴⁰

Por otro lado, los tiempos verbales, señala Benveniste, informan sobre la temporalidad del proceso de enunciación: “El presente lingüístico es el fundamento de las oposiciones temporales de la lengua. Este presente que se desplaza con el proceso del discurso, sin dejar de ser presente, constituye la línea divisoria entre otros dos momentos que son igualmente inherentes al ejercicio de la palabra: el momento en el que el acontecimiento no es ya contemporáneo del discurso, ha salido del presente y debe ser evocado por la memoria, y el momento en que el acontecimiento no es ya contemporáneo del discurso, ha salido del presente y debe ser evocado por la memoria, y el momento en que el acontecimiento no está todavía presente, va a estarlo y surge en prospección.”⁴¹

“El locutor sitúa como «presente» todo lo que implica como tal en virtud de la forma lingüística que emplea.”⁴² Así, en *El laberinto de la soledad* es claro que Octavio Paz, se coloca como locutor y como sujeto del discurso, a partir del uso constante del presente en primera persona, y del pasado, como el recurso autobiográfico de su ensayo, por lo que se convierte en un yo narrador:

Recuerdo que cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana, deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante.⁴³

Al iniciar mi vida en los Estados Unidos residí algún tiempo en Los Ángeles, ciudad habitada por más de un millón de personas de origen mexicano.⁴⁴

³⁸ PAZ, op. cit., 146.

³⁹ Idem.

⁴⁰ Ibidem, 185.

⁴¹ BENVENISTE, op. cit., 77.

⁴² Ibidem, 76.

⁴³ Ibidem, 147.

⁴⁴ PAZ, op. cit., 147.

Recuerdo que una amiga a quien hacía notar la belleza de Berkeley, me decía: Si, esto es muy hermoso, pero no logro comprenderlo del todo. Aquí hasta los pájaros hablan inglés. ¿Cómo quieres que me gusten las flores si no conozco su nombre verdadero, su nombre en inglés, un nombre que se ha fundido ya a los colores y a los pétalos, un nombre que ya es la cosa misma?⁴⁵

En el análisis del discurso la modalidad refleja la relación que el sujeto de la enunciación establece con el proceso y los protagonistas del enunciado. En este sentido, es muy interesante analizar la manera en que Paz se construye a sí mismo como enunciador, como un yo reflexivo, un yo autobiográfico y en ciertos momentos como un yo lírico. Durante todo el trayecto de *El laberinto de la soledad* aparecen distintas modalidades por medio de las cuales también el autor construye a su enunciatario, así como el tipo de espacio de relación que el autor pretende generar para con su destinatario.

Al ser considerado *El laberinto de la soledad* como un ensayo literario intervienen en distintos momentos la intencionalidad argumentativa, reflexiva, y poética. En el aspecto argumentativo resalta la comunicación de certidumbres por parte de Paz: “Tanto en su sesgo sintáctico como en su entonación, la aserción apunta a comunicar una certidumbre, es la manifestación más común de la presencia del locutor en la enunciación, hasta que tiene instrumentos específicos que la expresan o implican, palabras si y no, que asertan positiva o negativamente una proposición.”⁴⁶ La obra ensayística de Octavio Paz, al ser de carácter argumentativo, el uso de la lengua está en función de la intención del escritor y de la relación que establece con el interlocutor. En este sentido, se comprende su descripción del carácter del mexicano como se observa en los siguientes ejemplos:

Como es sabido, los pachucos, son bandas de jóvenes, generalmente de origen mexicano, que viven en las ciudades del sur y se singularizan tanto por su vestimenta como por su conducta y su lenguaje. Rebeldes instintivos, contra ellos se ha cebado más de una vez el racismo norteamericano.⁴⁷

Queramos o no, estos seres son mexicanos, uno de los extremos al que puede llegar el mexicano.⁴⁸

⁴⁵ Ibidem, 154.

⁴⁶ BENVENISTE, op. cit., 87.

⁴⁷ PAZ, op. cit., 148.

⁴⁸ Ibidem, 149.

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa.⁴⁹

El ensayo de Paz tiene pues, una función reflexiva ya que trata de influir en las opiniones, actitudes, o comportamientos del interlocutor o de un auditorio, haciendo aceptables unas conclusiones que se apoyan sobre unos argumentos, perspectivas y reflexiones del propio autor: “Construir un texto es argumentar. Y en ello intervienen, en una situación discursiva, numerosos procesos en consonancia con dos dimensiones: a) la negociabilidad retórica y gramatical del significado; y b) la intervención de los interlocutores con sus ideas y creencias.”⁵⁰ Paz, construye, cognitivamente, para con su narratario, una realidad que también representa lingüísticamente: el carácter del mexicano; tal y como se muestra en el siguiente fragmento: “El mexicano, según se ha visto en las descripciones anteriores, no trasciende su soledad. Al contrario, se encierra en ella [...] Nuestra impasibilidad recubre la vida con la máscara de la muerte; nuestro grito desgarrar esa máscara y sube al cielo hasta distenderse, romperse y caer como derrota y silencio. Por ambos caminos, el mexicano se cierra al mundo: a la vida y a la muerte.”⁵¹

Como se puede apreciar también en el fragmento anterior, la poesía también es fundamental en el discurso de Paz, en el que el sujeto deja marcas de un yo lírico. La poesía, no es solamente un recurso estilístico, sino también es la modalidad, en la que el sujeto intenta dirigirse a su destinatario; es también el recurso por el cual el autor presenta sus sentimientos respecto al tema que trata en su ensayo: “De ahí también que la poesía, que para Paz es una actividad espontánea y auténtica, exprese una conciencia reprimida o sepultada por el proyecto racional (o racionalista) de esa misma modernidad.”⁵² La poesía en el caso de *El laberinto de la soledad*, juega un papel fundamental en el discurso de Paz, ya que pretende mostrar al yo lírico que se manifiesta y se abre ante su destinatario.

Conclusión

Octavio Paz, como autor, locutor y sujeto enunciator del discurso, trata de construir un conocimiento sobre el carácter del mexicano, expresando abiertamente una opinión subjetiva y con base en su experiencia de vida acerca de la identidad nacional. Así, predominan en la obra los argumentos de carácter subjetivo, y no científico, pues el sujeto siempre se presenta autor expresando claramente sus ideas y reflexiones. El rasgo autobiográfico de la obra, y por lo tanto el sujeto enunciator quedan totalmente

⁴⁹ Ibidem, 164.

⁵⁰ CARRILLO GUERRERO, op. cit., 181.

⁵¹ PAZ, op. cit., 201.

⁵² SANTÍ, op. cit., 23.

expuestos cuando el autor manifiesta su intención, que es generar una reflexión para sí mismo, y para despertar estas mismas inquietudes en su destinatario. En las páginas anteriores, hemos tratado de reafirmar y sustentar estos supuestos a partir de los postulados de la teoría de la enunciación y dentro del análisis del discurso, los cuales efectivamente representan una buena herramienta para analizar las relaciones comunicativas que se presentan en el texto entre locutor y alocutario.

En primer lugar, hemos encontrado tres formas fundamentales que dan forma a esta situación comunicativa: la marcas yo, nosotros y él (el mexicano). Con el uso de estas formas, el autor va conformando, a lo largo del texto, no sólo su relación comunicativa con el lector, sino sus distintos lugares como sujeto productor del discurso. De esta manera, el sujeto se construye en diversos planos: como yo lírico, como yo mexicano para incluirse en el grupo identitario con el que comparte las mismas raíces e incertidumbres, utilizando el pronombre nosotros, y como un yo crítico, cuando se disocia de su identidad y desde lejos critica a esa figura representativa del mexicano (él).

La teoría de la enunciación, nos ayuda también a reconocer los fragmentos en los que el sujeto aparece como marcado, en una narración discursiva, siendo estos los momentos en los que el sujeto se expone y se muestra profundamente reflexivo; y por otro lado, cuando intenta desmarcarse, utilizando la narración histórica, para aparentar cierta objetividad; esta construcción del sujeto, aparece constantemente cuando critica la figura del mexicano, e intenta dar base a sus argumentos a partir de hechos históricos o tesis filosóficas. Aunque se trata de un texto predominantemente lírico, podemos confirmar que hay constantes saltos entre las representaciones del sujeto, que van de lo discursivo a lo histórico; y estos saltos tienen que ver con el tipo de relación y de argumentos que el autor pretende erigir con su lector.

El sujeto de *El laberinto de la soledad*, es un sujeto que trata de abrir reflexiones para encontrarse consigo mismo, y también para compartir y provocar estas mismas reflexiones en el destinatario. El sujeto del discurso, también argumenta y expresa su sentir sobre la cuestión de su propia identidad y de la que se construye en su país de origen: “El libro no es un ensayo sobre una quimérica de «filosofía de lo mexicano»; tampoco una descripción psicológica ni un retrato. El análisis parte de unos cuantos rasgos característicos para enseguida transformarse en una interpretación de la historia de México y de nuestra situación en el mundo moderno. La interpretación me parece válida, no exclusiva ni total. Hay otras interpretaciones y, entre ellas, algunas son (o pueden ser) igualmente válidas. No excluyen a la mía, porque ninguna es global ni final.”⁵³

⁵³ PAZ, op. cit., 577.